

Rodeamos una gran pila de arcilla roja que está en proceso de secado al sol. Es de tipo caliza (caliche) y la extraen de una finca propia en Villafranca. Le suelen añadir un 25% de arcilla de Consuegra antes de hacer el barro en los pilones. Una vez seca y oreada la recalcan y aplastan con el mocho, cubren bien de agua los pilones y la baten y decantan - calao-. Antiguamente la pisaban con los pies descalzos, actualmente se usan amasadoras mecánicas.

Vemos los hornos de cocción, el mayor a leña y lo usan para la cerámica popular, otro más pequeño es a gas pero ambos suelen calentarse a mil o mil doscientos grados.

Nos lleva finalmente a un local amplio donde tienen la exposición de su arte. Allí enmudecemos, admirados vamos contemplándolo todo en silencio. No esperábamos encontrar tal cantidad y calidad de piezas: Ocarinas, pipas de fumador (parecían de bronce), caretas, juegos de té, quijotes y sanchos, lámparas abombadas y caladas en variada gama de colores desde el rojizo al gris-negrusco, Botijos en forma de gallina policromada, cántaros con cabeza de perro de estilo chino, caracolas de segadores, torsos, etc., etc.

Al preguntarle por una piezas de apariencia metálica, nos explicó que eran de arcilla con un baño de rakú. Cuando las piezas alcanzan la temperatura de fundición, se extraen del horno y al enfriar adquieren las irisaciones de "aguas" metalizadas que les confiere una gran belleza. En toda la exposición se advierte una rara simbiosis entre lo tradicional y prosaico con lo vanguardista y artístico, de ahí la originalidad de los ceramistas Peño.

Otra peculiaridad que caracteriza el arte de la familia Peño es el "esgrafiado" sobre las piezas de barro rojo con manganeso y arcilla blanca. Todo el trabajo ornamental se reliza en crudo y debe secar suficientemente al sol antes de cocerse, en otro caso, se resquebrajaría con el calor y quedaría defectuoso.

El utillaje empleado es el tradicional: torno, raderera, peine, palillos y grafios metálicos, varillas de alambre para medir el diámetro de las piezas y un sedal para cortar la "pella".

Mientras tomamos notas y fotografías, llegan unas señoras inglesas a comprar cerámica. Comprendemos que la familia Peño es ya conocida por su arte a mucha distancia.

A pesar de que les vemos muy ocupados, todavía volvemos al alfar y observamos como en un minuto transforma el torno una pequeña pella de barro rojo en un plato perfecto.

Al despedirnos, formulamos una última pregunta: ¿Cuál es su mayor aspiración como ceramista?

Pues.. vivir de ello y que la gente lo valore.

- Que así sea, porque como buen pudo haber dicho el poeta...

Es oficio noble y bizarro,
entre todos el primero.

Pues en la industria del barro,
Dios fue el primer alfarero
y el hombre, ¡el primer cacharro!

**L. MARTINEZ TOREA/
PEPE RIOS**

